

LA REVOLUCIÓN GUATEMALTECA DEL 44 Y SUS GENEALOGÍAS*

*Alfredo Guerra-Borges***

Aunque a veces las revoluciones no exhiben claramente y de una sola vez su progenitura, la casta de que provienen, todas tienen antecedentes, pocos o numerosos, remotos o cercanos. Siempre hay algo detrás y en el fondo, como herencias con el mandato de ejecutarlas hasta muchos años después. La búsqueda en retrospectiva revela que desde años atrás de la revolución de 1944 se fueron acumulando descontentos y descomposiciones de distinto origen, grado y madurez. Si volvemos la vista hacia los acontecimientos de 1920 su lectura habitual no sugiere que sea posible establecer una conexión. El suceso como tal, el derrocamiento de la dictadura de 22 años de Manuel Estrada Cabrera, tuvo toda la apariencia de un comprensible cansancio de tan prolongado autoritarismo. En tan largo período la dictadura había envejecido, y con ella el propio dictador. Quizás por eso, no obstante la habilidad que había exhibido en el curso de su mandato dotándose de una amplia base social mediante los Clubes Liberales, se negó al compromiso que la oposición conservadora quería pactar con el gobernante partido liberal, y ensayó una vez más el recurso de la represión.

Tardía decisión pues ya para entonces la fermentación social se tradujo en una insurrección encabezada por la Liga Obrera y un sector conservador radicalizado. A Estrada Cabrera le sucedió un gobierno históricamente insignificante por su vida efímera. Lo presidió Carlos Herrera Luna, un acaudalado buen hombre que "quiso hacer algo" pero carecía de dotes políticas, como ocurre a menudo a los empresarios. Y fue derrocado al cabo de un año por el general José María Orellana. El hecho en sí no tenía nada de extraordinario, carecía de novedad, se ajustaba a las normas de conducta castrenses que eran habituales por entonces y lo fueron hasta muy adentrado el siglo XX, incluido 1954, naturalmente.

Pero esta vez había algo más en el fondo de los acontecimientos. La clase media urbana sentía ahogarse al no encontrar bajo la dictadura salida para sus aspiraciones políticas y económicas (para "el cambio", la frase ambigua que lo dice todo) Había asfixia social. Los artesanos, entre otros los sastres y zapateros que eran obligados a servir al Estado como proveedores no remunerados del ejército; o los albañiles y carpinteros forzados a trabajar en la reparación de los daños ocasionados por el terremoto de 1917, también sentían que el régimen represivo los ahogaba, pues si bien se les permitía organizarse (un desahogo aparente) estaban compelidos a hacerlo en organizaciones mutualistas dependientes del dictador, y eso interfería con su aspiración a una actuación independiente. Los pocos empresarios que por entonces había en Guatemala veían con sumo desagrado (al igual que los profesionales y otros sectores medios) la sumisión total de Estrada Cabrera a los intereses de la *United Fruit Company*, en tanto que la naciente industria era tratada con desconsideración. El gobierno de Estrada Cabrera constituía el primer cordón de aislamiento internacional de la revolución mexicana,

* Publicado en el suplemento *diálogo*, No. 37, octubre de 2004.

** Licenciado en economía por la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC); doctor en estudios latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

y los empresarios deseaban, por el contrario, la apertura hacia los mercados de Centroamérica e incluso del propio México. La asfixia social se había generalizado.

Había, pues, cierta maduración de condiciones propicias para cambios políticos significativos, y así quedó de manifiesto con la rápida organización independiente de los trabajadores tan pronto cayó la dictadura.

Y no otra cosa significó además la pronta radicalización política de las nuevas organizaciones sociales, muy sensibles por eso mismo a la prédica de emisarios anarquistas y comunistas, que por entonces visitaban con frecuencia el país. Pero la fermentación y el cansancio no son privilegios de la política. La economía también se cansa de ser la misma más allá de cierto tiempo. La industria se asfixiaba en un mercado diminuto y aspiraba a la apertura al exterior, ya lo dijimos. Y aunque renuente verbalmente a la ingerencia del estado, le parecía mal que estuviera del lado de la *United Fruit Company* cuando lo quería de su lado, para que la apoyara con leyes y recursos. Las viejas y más odiosas formas de explotación de campesinos, en particular la servidumbre por deudas, ya no se consideraban necesarias hasta por los propios finqueros. A partir de cierto momento había comenzado el desacuerdo con los sistemas de reclutamiento de trabajadores para las fincas, pero fue a la caída de Estrada Cabrera en 1920 cuando se abrió un debate público sobre la cuestión. La negativa de un jefe político a enviar trabajadores a una finca claramente expresaba que “esto causaría un tremendo efecto entre las masas indígenas debido al Espíritu de Rebelión en este período de efervescencia entre la raza indígena”.¹ Por su parte la *Memoria de Agricultura* de 1931 daba cuenta de cuatro levantamientos de campesinos en Suchitepéquez y la de 1932 mencionaba otros más en Suchitepéquez, Quezaltenango y Quiché.

Al precipitarse al fondo los precios del café a partir de 1927, la crisis coronó todos los descontentos. Pero entonces hizo su aparición la mano dura, siempre aplaudida en las situaciones de crisis (sobre todo de gobernabilidad, como suele decirse hoy día) “El desencadenamiento de la crisis económica más profunda que Guatemala ha conocido en su historia; la repulsión generalizada al desorden administrativo y la corrupción del gobierno de Chacón; el sobresalto de la oligarquía agraria por el descontento en el medio rural y el surgimiento de organizaciones sociales beligerantes, que la crisis podía estimular, crearon una confusa idea de que alguien pusiera orden en todo aquello y evitara un desquiciamiento general.”² Y Jorge Ubico se instaló en el poder holgadamente por 13 años históricamente aleccionadores.

Los terribles años treinta

Al llegar a 1944 la sociedad guatemalteca había vivido 33 años del siglo XX bajo dictaduras. Este es un dato genealógico de los acontecimientos que sobrevinieron después. Treinta y tres años de vivir la sociedad guatemalteca escindida en dos partes, la de la lealtad o simplemente el acatamiento al régimen, y "la subversión". ¡De "bolsheviquis" llegó a acusar Estrada Cabrera a los conservadores en los últimos años de su mandato! Y por "comunistas" fueron aplastadas todas las formas de organización social y política bajo el gobierno de Ubico. Y después de la revolución, por supuesto, pero no es de historia contemporánea que se nos ha pedido escribir.

Durante los catorce años de dictadura de Jorge Ubico, de 1931 a 1944, el árbol genealógico de la revolución ofreció frutos más maduros. Ante todo y por sobre todo hay que tener en cuenta que la crisis

1 Alfredo Guerra-Borges, *Guatemala el largo camino a la modernidad*, coedición Facultad de Ciencias Económicas de la USAC y el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, Guatemala, 2004. Ver “El fin de una década en la historia del trabajo”, pp 120-123.
2 *Ibid*, p. 135.

económica de 1931 fue brutalmente abrumadora. Poniendo de revés sus principios liberales, Ubico concentró en manos del estado la conducción de la banca y el crédito y decretó la moratoria de pagos de las deudas de las fincas, postradas por la crisis, lo que de otra manera hubiera culminado con el colapso general de la economía. Pero el salvamento del país de la debacle total no fue seguido por políticas restauradoras del crecimiento, sino por una obsesión de equilibrio fiscal y monetario que prolongó los efectos depresivos de la crisis. No toda la prolongación de los efectos de la crisis es imputable a la política económica de Ubico. Es nuestro convencimiento. Posteriormente se ha juzgado aquellos años desde las posiciones teóricas del keynesianismo y el desarrollo industrial sustitutivo de importaciones, pero la historia no revela su verdadera naturaleza cuando se le psicoanaliza con instrumentos analíticos de épocas posteriores, y no los de su tiempo. Cuando esto se pierde de vista la historia miente. Es su revancha.

El hecho genealógico fundamental de los cambios futuros es que la crisis de los años treinta fue cien veces más desastrosa que cualquier otra que el país hubiera conocido con anterioridad, y esto tuvo definitivas consecuencias. Esta vez afectó profundamente a la sociedad entera; a los medianos y grandes agricultores y a los campesinos, a los industriales, a los banqueros, a los empleados y artesanos, a los profesionales y los obreros. De arriba abajo de la sociedad nadie quedó sin sufrir graves heridas. La economía, ya cansada de ser la misma por muchos años, esta vez sintió como una penetrante pinchadura que tenía que cambiar, dejar de ser para ser otra, con otros gobernantes porque los agrarios ya no daban para más.

Sin embargo, el compromiso de Ubico con la reactivación de la economía en ningún momento tuvo la finalidad de cambiar su estructura tradicional. Su pertenencia a la oligarquía agraria no le permitió concebir un país que llegara a descansar algún día sobre otras bases que no fueran las de la oligarquía misma.

Para 1944 la historia ya había condensado todas las heridas, las frustraciones, las políticas asfíxiantes de los años diez, veinte y treinta del siglo XX. Por eso, después de Ubico fue el diluvio. La razón histórica profunda para que así ocurriera fue que la crisis de la economía sirvió como catalizador de otra de origen estructural.³ “Con Ubico culminó un agrietamiento del sistema que se inició antes de él”.⁴

La revolución: los años tensos

La gran conquista de junio y octubre de 1944 fue la libertad política. Esta es la condición necesaria y suficiente para que cada clase, estrato o grupo social eleve al nivel de su conciencia colectiva la expresión de sus objetivos económicos y sociales, y en particular, la imagen de la sociedad a la que aspiran. Cuando esto ocurre la cuestión de quien asumirá el poder político pasa a ser la cuestión central. Y en torno a ésta se produjo necesariamente la primera fractura del amplio movimiento policlasista que derrocó a Ubico. Derrotadas en la elección presidencial de fines de 1944, las corrientes más conservadoras pasaron acremente a la oposición. En los años siguientes la decantación de imágenes sociales de cada clase o sector social acentuó la polarización, pero este hecho que podría haber sido sólo diferenciación de posiciones, tuvo perfiles muy acerados por el escenario histórico en que tuvo lugar la revolución.

El escenario histórico en que se representaron aquellos diez años de innovación social explica en forma fundamental las confrontaciones. Lo demás lo ponen siempre los rasgos de los actores. Los dos componentes

³ Ver Stefan Kerlen, *Orden y progreso en el gobierno de Ubico: ¿realidad o mito?* e *Historia General de Guatemala*, tomo V, Guatemala, Asociación de Amigos del País y Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1996.

⁴ A. Guerra-Borges, *Op.cit.*, p. 136.

de ese escenario fueron, en primer lugar, la guerra fría, concretamente la política de guerra fría implantada por Estados Unidos que conllevó una extrema intolerancia política en escala internacional. En segundo lugar, el impresionante atraso de la mentalidad de gran parte de la sociedad guatemalteca de aquellos años; ante todo de los terratenientes, política y económicamente dominantes, que en aquella época eran representativos de sistemas productivos arcaicos o por entonces ya arcaizados. Y bajo su hegemonía ideológica, gran parte de la sociedad, particularmente una parte importante de la clase media. En esas condiciones toda reforma fue objeto de sobresalto y oposición automática. Pero además, la intolerancia de la guerra fría reforzó el pensamiento rezagado, y particularmente el anticomunismo militante de la Iglesia, bajo el liderazgo entonces de Pío XII en el mundo, y de la jerarquía católica en Guatemala.

A partir de 1945 el proceso de cambio fue dando muestras de creciente maduración. Bajo el gobierno del Dr. Juan José Arévalo, de pensamiento moderado, destacada personalidad intelectual, de gran integridad ética, política y nacionalista, se comenzó a dar respuesta a necesidades sociales y de modernización capitalista largamente sentidas.

Desde posiciones indebidamente radicales se ha menospreciado aquel período, se le niega ser parte del movimiento total de la revolución, pero desconocer que fue su primera etapa constituye una disociación de la historia. En otra parte hemos dicho que “Arévalo fue reformista, y por ello mismo fue un presidente de su época. Tras tantos años de obligada inmovilidad y de forzado silencio, fue indispensable transitar aquel período para que la sociedad superara su entumecimiento. Fue aquél un período de acumulación de fuerzas y de examen de conciencia. Sin reformas no hubiera habido revolución”.⁵

¿Qué reformas de modernización capitalista? Ya en 1946 la seguridad social, la reforma monetaria y bancaria, por mucho tiempo acreedora de general reconocimiento por su alta calidad técnica, la Ley de Fomento Industrial para estimular la iniciativa de inversión de los sectores tantas veces desoídos por las desplazadas dictaduras oligárquicas, y poco después el Código de Trabajo, entre otros pasos de trascendencia. Pero fue también en 1946 que la Iglesia emitió su primera pastoral lanzando alertas “contra la amenaza del comunismo”. ¿Cuál comunismo? Nada había en el país que por entonces pudiera calzarle al término. Claramente fue una primera convocatoria a congregarse en la oposición, una decisión innegable de “guerra preventiva”, como se diría ahora en los tiempos del presidente George W. Bush.

En 1949, el gobierno de Arévalo dio un paso avanzado, revelador de la rápida maduración de condiciones para el paso a otra fase de la revolución. El *decreto 712* dispuso el arrendamiento obligatorio de tierras a los campesinos que las vinieran arrendando, en vista que, no obstante estar solventes, se les venía negando con fines de hostilización por parte de los grandes propietarios de la tierra. Poco después, en 1952, bajo el gobierno del coronel Jacobo Arbenz, se promulgó la *reforma agraria*. La revolución llegaba así a la fase de apogeo del ciclo que siguen todas las revoluciones.

Revolución y visiones de la revolución. ¿Por qué el desentendimiento en sus filas?

Con la *reforma agraria* las tensiones sociales llegaron a su más alto nivel. El apoyo social al gobierno multiplicó su potencial. Sin posibilidad ninguna de ganar las elecciones presidenciales cuando se celebraran en 1956, la

5 A. Guerra-Borges, Apuntes para una interpretación de la revolución guatemalteca y de su derrota en 1954, conferencia en el Museo de las Intervenciones, México, 1986, publicada por The Latin American and Caribbean Center, Florida International University, Miami, Florida 33199, Occasional Papers, 1988.

oposición conservadora depositó su suerte en la embajada de Estados Unidos. Confiaron en que la guerra fría aportaría lo que les hacía falta. Y así fue.

Pero la reforma agraria indujo también la discrepancia de visiones dentro de la revolución. Numerosos dirigentes de los partidos políticos que integraban el gobierno, de igual manera que funcionarios del mismo, ya venían sintiéndose incómodos con la radicalización, y comenzó una actividad febril de búsqueda de candidatos a la presidencia, ¡tres años antes de que llegara a su término el período presidencial! Arbenz ya no era visto como “su presidente”, había ido más lejos de lo que ellos deseaban. Eso ocurre también en todas las revoluciones. Después del apogeo se inicia la fase descendente del ciclo, la fase de consolidación de las conquistas en el mejor de los casos, y por supuesto, la del reacomodamiento en el que algunos (incluidos varios de aquellos dirigentes) aspiran a incrementar su fortuna, bien o mal habida, y hacerse empresarios pero ya sin sobresaltos.

Es posible afirmar que la reforma agraria hubiera concluido en 1956 o 1957, quedando por resolver los problemas de tierras del altiplano occidental, que por su naturaleza estaban fuera del cuadro de la ley agraria. Justamente en aquellos años, concretamente a principios de 1957, hubiera llegado a su término el período presidencial de Jacobo Arbenz. Sus sucesores, a juzgar por la imaginativa lista de precandidatos, todos, sin excepción, eran de posición política moderada, y algunos estaban más a la derecha. Ni al Partido Comunista se le ocurría pensar que después de Arbenz debía ocupar la presidencia un líder que mantuviera por mucho más tiempo un clima de radicalización, extemporánea después del apogeo. Lo que era objeto de aprehensión era la posibilidad de un gobierno que quisiera dar marcha atrás, pero tal aprehensión no era mayor porque dada la madurez y el nivel de organización y experiencia política de las organizaciones sociales, no era cosa fácil consumir esas regresiones.

Transcurrido el apogeo de la revolución, la aspiración era, puede decirse con certeza, que a Arbenz le sucediera alguien que garantizara la consolidación de las conquistas alcanzadas, las cuales constituían, particularmente la reforma agraria, la base firme y estable para el desarrollo capitalista, moderno, del país y de la práctica de una democracia ampliamente participativa. Era el obvio desenlace de una revolución nacida del cansancio acumulado por el estado de cosas de 1900 a 1944. Pero la *guerra fría* no supo esperar. Sus obsesiones le cerraron los ojos a lo que pudo ser una alternancia pacífica del poder.